

TEMA V: LOS ITINERARIOS VOCACIONALES Y FORMATIVOS.

Continuamos afirmando que la Palabra nos llama a construir su “casa” con nuestra oración. Nos preguntamos: ¿Qué le decimos a Dios? (Oración) No sólo podemos orar por la Iglesia, también hemos de construirla desde las comunidades formativas, los sujetos vocacionales, la referencia al Maestro, la formación como camino.

La palabra “itinerario” viene del latín: iter-itineris y significa viaje o trayecto. Podemos hablar de itinerarios psicológicos (Cf. Erikson; “proceso heroico”), vocacionales, etc. **Todo itinerario vocacional supone el encuentro personal y comunitario con Cristo. No podemos reconocer una vocación en quien vive aislado de la comunidad eclesial.**

Itinerario vocacional e itinerarios grupales

Los itinerarios vocacionales están íntimamente relacionados con los procesos grupales juveniles a través del tema del proyecto de vida. La propuesta ha de reconocer la existencia de “nuevos” escenarios: las culturas juveniles, el mundo global y digital, las cuestiones interculturales, los nuevos rostros de pobres y excluidos, las nuevas condiciones de la familia, etc. En esa realidad comprobamos que hay nuevos llamados. **Conducen al compromiso de los jóvenes, los laicos y, especialmente, de la mujer, los afro-americanos, los indígenas y los que emigran o migran.**

El itinerario vocacional desde la vivencia comunitaria

La Iglesia tiene caminos comunitarios concretos. El modelo es la vida de las primeras comunidades (Cf. Hechos 2, 42- 47; 4, 32- 36 y 6, 7). Una comunidad viva genera inquietudes, motiva, despierta vocaciones. **Hemos de preguntarnos si nuestras comunidades son realmente vivas y convocan.**

El itinerario vocacional y la liturgia

Muchas vocaciones despiertan a partir de la vivencia de las celebraciones litúrgicas. Es el ejemplo de las vocaciones surgidas del grupo de monaguillos. De ella brota -además- la conciencia de ser pueblo convocado y asamblea de llamados. Ella es, al mismo tiempo, manifestación, origen y alimento de cada Vocación y ministerio eclesial. **En las celebraciones litúrgicas se hace memoria del obrar de Dios.** Especialmente en la Eucaristía, se manifiesta la vocación de toda la Iglesia y de cada discípulo y misionero. **Cada celebración puede ser un motivo vocacional.**

El itinerario vocacional y la oración

De la oración brota la conciencia de que el Espíritu de amor y de unidad (Ef 2, 11- 12; Gal 3, 26- 28; Jn 19, 9- 26) llama a cada uno a una misión y se descubre que toda Vocación es un don para los demás. La oración conduce al encuentro con Cristo. El diálogo con Dios posee una dimensión vocacional. El mismo Jesús, cuando vio una muchedumbre cansada y decaída como ovejas sin pastor exclamó: **“la mies es mucha pero los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies”** (Mt 9,37- 38; Lc 10, 2). En la práctica, las comunidades tienen a lo largo del año litúrgico múltiples iniciativas de oración por las vocaciones. La oración en las comunidades diocesanas, religiosas y parroquiales es de gran importancia. La imagen evangélica del “Dueño de la mies” conduce al corazón de la pastoral de las vocaciones: la oración. Ella es signo de la caridad y la compasión de Cristo (Cf. Mt 9, 36); manifiesta la confianza en el Padre, que no permitirá que falten obreros en la Iglesia. Por ello, la Pastoral Vocacional (PV) debería estimular y acompañar la vida de oración de sus fieles. Una comunidad orante es una comunidad que llama.

El itinerario vocacional y el servicio

El servicio de la caridad es muy importante. “*Quien quiera llegar a ser grande entre ustedes que sea vuestro servidor*” (Mt 20, 26), “*quien quiera ser el primero sea el servidor de todos*” (Mc 9, 35). En la Iglesia primitiva, esta forma de vivir la fe fue aprendida muy pronto, dado que el servicio aparece como una de los componentes estructurales de la misma, hasta el punto de que se instituyen los diáconos para el servicio de las mesas. Muchas veces se expresa en nuestros días como **voluntariado**. Propone espacios de hermandad y unión entre los hombres y con Dios. **No puede sentir vocación quien no experimenta un espíritu de hermandad y se cierra a toda vínculo con los demás.** La vocación es relación, servicio solidario, compasión, sensibilidad ante los problemas de la humanidad. **La vocación de servicio es, no sólo un signo vocacional sino, una experiencia fundamental para quien realiza el proceso de búsqueda y discernimiento de su vocación personal.** Más aún, para el servicio de animación vocacional (SAV-Pastoral Vocacional), el servicio responsable y continuado de un joven es señal concreta de que Dios puede estar llamando. El servicio en la caridad lleva a conocerse mejor a uno mismo y abre a la grandeza de dedicarse a los otros. El auténtico servidor es aquél que ha aprendido a tener, como un privilegio, el lavarle los pies de los hermanos más pobres, el que ha conquistado la libertad interior al punto de dar su tiempo y vida a los otros. Quien sirve al hermano, inevitablemente encuentra a Dios y se encuentra a sí. Está más cerca de discernir su Vocación como servicio a Iglesia y al mundo.

Itinerarios formativos

Dependen de cada etapa del proceso vocacional y de la realidad¹.

En la etapa del **despertar se** han de proponer elementos de conocimiento personal y de la realidad, oración personal y comunitaria para “revitalizar el encuentro con Cristo Vivo” (espiritualidad), servicio en la caridad (pastoral). **Se ha de ayudar a profundizar la vocación humana y cristiana-bautismal. Se ha de impulsar al testimonio. Éste ha de ser un itinerario vocacional.**

En la etapa del **discernir**, el servicio de animación vocacional (SAV)-Pastoral

¹ Realidad: **Noche y Amanecer Eclesial-vocacional**

“Hoy se tambalea la... barca de la Iglesia, sobre todo con la amenaza sobre la familia, afectada por una realidad que la desintegra y pone en crisis sus valores.... Todo esto implica un riesgo grave contra la cuna de las vocaciones” (CR 43).

“Oscurece a la juventud la cultura postmoderna... hedonista, individualista y consumista, porque provoca en los jóvenes inestabilidad, desestructuración interna, afectividad rota, carencia de sentido, demora en asumir responsabilidades, incapacidad para convivir y donarse en forma estable, tanto a Dios como al prójimo”. Algunos presentan cuadros de inmadurez humano-afectiva, de inconsistencia, de depresión o de tendencia narcisista que luego dificultan el crecimiento, la autodonación y la configuración integral con el llamado recibido; exaltan el presente y la propia imagen; padecen traumas familiares que han dejado huellas de inestabilidad; establecen relaciones afectivas sin compromiso definitivo, tienen vínculos comunitarios débiles; dependen del ciberespacio que, aunque comunica, disminuye la capacidad de encuentro y de alteridad. Otros carecen de experiencias de Dios o de proyectos de vida apoyados en valores e ideales que permitan trascender. Al mismo tiempo, ellos no son suficientemente acompañados ni se les ha educado para el sentido de pertenencia eclesial” (Cf. Memoria...). (CR 44).

“Amenazan a la Iglesia... la falta de conciencia de la condición vocacional del bautismo y del matrimonio” (Cf. DA 100)” (CR 45).

“Por otra parte, los jóvenes se caracterizan por “una apertura espontánea a la escucha de la Palabra de Dios y un deseo sincero de conocer a Jesús” (VD 104); tienen una innata capacidad para crear comunidad y para vivir en comunión, y para dar con ella sentido a su vida y fuerza a sus compromisos sociales; tienden espontáneamente a ser amigos y solidarios con las causas más nobles; son sensibles a la autenticidad, la transparencia, la justicia, la comunicación y la trascendencia; su curiosidad los abre al conocimiento y a la aventura; tienen facilidad para la tolerancia y son abiertos a las diferencias socioculturales; les fluye la utilización de las nuevas tecnologías para transformar el “continente digital” (CR 48).

“Este nuevo amanecer se confirma en el paso de una pastoral “sacramentalista” a otra de evangelización (Cf. DA 365), y de una pastoral de conservación a una decididamente misionera (Cf. DA 370); en el fomento de una cultura vocacional, una nueva pedagogía y un lenguaje más humano y cercano a la gente... una pastoral vocacional inserta en la pastoral de conjunto; los procesos de acompañamiento y discernimiento; la conciencia eclesial de los animadores vocacionales; su testimonio coherente y su formación; el compromiso vocacional de las comunidades; el testimonio de una Iglesia orante y portadora de esperanza, que no teme ni al sacrificio ni a la donación de sí; y una espiritualidad de encuentro con Jesús como dinamismo interno de las vocaciones” (CR 50).

Vocacional (PV), las Diócesis y las comunidades religiosas y/o movimientos pueden ofrecer espacios específicos de discernimiento y formación. Uno de ellos es la “casa de acogida” o “casa de discernimiento”, espacio de maduración humano-cristiano y comunitaria.

En la etapa del **cultivar**, las Diócesis y las comunidades de consagrados/as pueden ofrecer comunidades de vida con el objetivo de configurar la persona a una Vocación y carisma determinado. Es la etapa de la formación inicial. La Vocación matrimonial-familiar no tiene una propuesta concreta para la etapa inicial.

La etapa del acompañar se concreta en un itinerario formativo. Es la etapa de la formación permanente.

a) Perfil de quien ingresa a una casa de formación

El servicio de animación vocacional (SAV)- Pastoral Vocacional (PV) tiene una gran responsabilidad: verificar la **idoneidad** de los candidatos al sacerdocio y de quienes ingresan a casas de formación religiosa y/o consagrada. **Un criterio fundamental y obligatorio es apostar a la calidad y no al número.** Hemos de pensar en el bien de la persona y de la Iglesia. Conocidos problemas que afectaron a sacerdotes, consagrados y consagradas comenzaron, en gran parte, por un mal discernimiento al comienzo del planteo vocacional. **Nunca debían haber ingresado a una casa de formación.** De ahí la importancia de tener un perfil mínimo para quienes inician la etapa del acompañar.

Consideramos que el perfil ha de incluir, además del **grado de bachiller** en cuanto a formación académica, conocimiento personal, capacidad de escribir una breve biografía, deseo de conocerse, aceptación total de sí mismo, capacidad de reflexión propia, disponibilidad, apertura a la formación, **compromiso pastoral**, sensibilidad para con los pobres, opción por una austeridad de vida, disposición para **optar por la castidad**, deseo de madurar en lo “humano”, capacidad de vivir las relaciones con suficiente autonomía, **madurez afectiva, sexual y relacional**, experiencia concreta de amistad, no haber tenido frecuentes ni recientes relaciones sexuales, experiencia de Dios, de oración como diálogo, madurez de fe, conocimiento mínimo de la Palabra de Dios, escucha asidua del Espíritu, vivencia de la comunidad, de los sacramentos de la Reconciliación, la Eucaristía, experiencia de Iglesia, disposición para dejarse acompañar, motivaciones vocacionales más o menos claras.

Son de igual importancia las experiencias de sufrimiento o enfermedad para encontrar al Crucificado y madurar, de vivir con una cierta autonomía familiar, de

asumir opciones estables, de demostrar capacidad de vivir en grupo, de trabajar en equipo. En definitiva, son elementos que nos hacen pensar en una madurez personal y cristiana mínima.

Necesariamente, han de ser observados tanto por la Pastoral de las Vocaciones en la etapa del discernimiento como en las casas de formación que realizarán el acompañamiento desde equipos interdisciplinarios.

b) “Contraindicaciones” para el ingreso

Son las características que hacen inviable el ingreso al Seminario, a casas de formación religiosas o consagradas, tanto masculinas como femeninas. Las llamaremos “contraindicaciones” y las dividimos en dos grandes categorías:

l) **absolutas:** 1) desórdenes mentales y desintegración de la personalidad, debilidad mental, esquizofrenia. 2) tensiones e insomnio permanentes, aislamiento social, dependencia absoluta -sobre todo de la madre-, dificultad de pensar, creciente deterioro del propio trabajo, razonamientos reiterativos sobre cosas abstractas, inteligencia inferior, incapacidad para abstraer, comprensión lectora excesivamente baja. 3) Alucinaciones, delirios persecutorios o de grandeza (¡cuidado con los que ingresan para hacer carrera). 4) Excesiva falta de confianza en sí mismo. 5) Inadaptación sexual.

Coincidimos con Cencini A., en “Cuando la carne es débil” que existen **patologías estructurales, perturbaciones y problemas relevantes. Las primeras, tienen su raíz en la infancia, son permanentes, definitivas e impiden pensar en una Vocación de especial consagración;** por ejemplo, quien ha sido violado en la infancia, puede transformarse en violador cuando adulto. Sperry Len habla de: 1) pedofilia cuando la conducta sexual afecta a pre-púberes, 2) efebofilia, cuando la conducta sexual es inapropiada con adolescentes, 3) abuso sexual contra adultos, sean mujeres o varones, no deseadas y compulsivas, fuera de control (como las violaciones, tocamientos, acoso sexual, etc.), 4) parafilias, es decir, trastornos psico-sexuales que buscan estimulación, excitación o gratificación sexual como exhibicionismo, fetichismo (mantener en la mano un objeto -por ejemplo una ropa interior femenina- para excitarse), frotteurismo, es decir, tocar o rozar a otra persona sin su consentimiento, masoquismo sexual (excitarse al ser humillados o golpeados), etc. Estas manifestaciones afectan la identidad personal y el equilibrio. Algunas veces, las causas de tales problemas están en una no-evolución de la personalidad psico-sexual. Las perturbaciones exigen una atenta mirada de parte de técnicos y son, comúnmente, contraindicaciones para el ingreso a casas de formación. Podemos llamarlas **absolutas**.

II) Los problemas **relevantes pueden corregirse** con el tiempo; son problemas de desarrollo, fragilidades vinculadas a un retraso, a una insuficiente solución de problemáticas evolutivas, a una adolescencia persistente o problemas de carácter espiritual en torno a los valores. Los problemas relevantes están vinculados a una no-satisfacción afectivo-sexual, a una mirada distorsionada de la realidad o a una relación inter-personal perturbada. Exigen una terapia. Sperry Len habla aquí de: hiper-emotividad, cierto grado de angustia, introversión, falsedad de juicios, perturbaciones afectivas como la timidez, comportamiento agresivo, falta de adultos significativos durante la niñez, etc. En el plano de lo afectivo-sexual podemos decir que, quienes dicen no tener problemas, “son un problema”. Podemos llamarlas **relativas**.

En definitiva, se ha de observar cómo se han resuelto los tres problemas básicos de la personalidad: **la socialización de la agresividad, la integración de la sexualidad en el amor y la aceptación y conciencia de la realidad en que se vive.** Estos son los elementos que hacen posible mantener los compromisos definitivos. Esto supone haber pasado de un período de auto-crecimiento, de purificación y de formación para la misión. De ahí la importancia de la entrevista de ingreso, de un conocimiento mínimo de la persona y de la propuesta de una pericia psiquiátrica previa al ingreso. Una persona es capaz de una decisión definitiva cuando se han armonizado necesidades, aptitudes y valores y ha hecho una síntesis suficientemente clara de sus motivaciones ¡sin dar demasiadas explicaciones! La elección vocacional supone así un voto de confianza en la voz interior, un dejar la casa paterna, un desenmascararse ante sí y los demás diciendo: “esta es mi Vocación”.

Desde nuestro punto de vista, no se trata de hacer un juicio ético sobre la persona, sino **discernir su idoneidad** para esta o aquella Vocación.

Algunas palabras sobre la formación inicial

La formación inicial, tanto sacerdotal como religiosa y consagrada, exige criterios formativos claros. El Magisterio universal y local es amplio en tal sentido. **Se propone una formación integral.** Es “toda” la persona, el discípulo, el llamado, el que ha de formarse. **Hablamos -comúnmente- de cuatro áreas formativas que se complementan: espiritual, intelectual, pastoral y humano-afectivo.** Brasil ha incorporado una quinta: **la comunitaria.** Aunque el área intelectual es el que ocupa más tiempo y marca los ritmos de la formación y el pastoral es transversal a los demás. **Por un lado pensamos que el área espiritual es prioritaria** y, por otro, que **el humano-afectivo es el que mayor atención exige** actualmente. La realidad pide una particular atención a lo “humano-afectivo”. Es el mayor desafío para los actuales formadores. **Un proceso formativo que no contemple tal reto condiciona la fidelidad de los futuros consagrados** pues, si no hay “cimiento”, toda construcción será

vulnerable y, tarde o temprano, aparecerán los problemas graves. No podemos formar “bombas de tiempo”. Lo mismo podemos decir del comunitario. Los “pares” también forman.

En esta etapa del proceso es primordial colaborar a que crezca el auto-conocimiento que genera como conducta el deseo de conocerse y enfrenta el problema del auto-engaño. Se ha de favorecer la auto-valoración de la persona, es decir, la auto-aceptación que genera -como conducta- el aprecio personal y afronta el problema de la auto-desvalorización. A la vez, se ha de tener en cuenta la auto-confianza que genera seguridad personal y lleva al desafío de sentirse capaz de enfrentar la dificultad de la inseguridad. Ha de proponer el auto-control o auto-disciplina que lleva al organizarse, pero que ofrece como dificultad -en muchos casos- el descontrol. Ha de plantear la auto-afirmación y auto realización, es decir, la auto-trascendencia por el amor que propone una vida autónoma y desarrolla las propias potencialidades. Tiene como dificultad la auto-dependencia y tendencias a no ser. En esta etapa es clave la revisión de la auto-estima que lleva a amarse a sí mismo y a buscar solucionar las tendencias de auto-destrucción. Un tema central es conocerse y cimentar toda **opción por Cristo y en Cristo**. Recién en esta etapa conviene profundizar el carisma. Es el momento para que la persona asuma -y se asuma- en una apertura radical a la Voluntad del Padre. Como en otros momentos aparecen **crisis de adaptación, crecimiento o de vocación**, por lo que es clave un buen acompañamiento espiritual-vocacional. No todas las crisis son malas. Las dos primeras permiten madurar y alcanzar mayor libertad interior.

Cada Casa de formación y el Seminario son comunidades eclesiales educativas (Cf. PDV 61 a) destinadas a favorecer la respuesta personal al llamado del Señor. En este sentido son pequeñas escuelas de humanidad y discipulado. El fin es propio a cada casa y, en el caso de los religiosos-consagrados/as y nuevos movimientos, a cada carisma.

Cada vocación es un modo concreto y específico de realización de la llamada a ser hombres nuevos. Por ello, es responsabilidad de cada casa, favorecer y garantizar en los candidatos y candidatas una personalidad equilibrada y madura, que refleje la perfección humana del Hijo de Dios hecho Hombre, que haga más creíble el ministerio o carisma y que permita servir mejor a sus hermanos. Juan Pablo II -en Pastores Dabo Vobis 43- hablaba de que, *“sin una adecuada formación humana, toda la formación está privada de su fundamento necesario.”* Particular importancia en la formación humana tiene la capacidad de cada uno de relacionarse con los demás. El hombre no puede vivir sin amor (Cf. PDV 44).

La comunidad es el espacio ideal para la formación del amor a Dios, al prójimo y a uno mismo. Íntimamente relacionada con esta formación para el amor, está la formación para la libertad y la conciencia moral. Cada futuro sacerdote,

religioso o consagrado aprenderá, por ello, a cumplir sus obligaciones escuchando la voz de Dios que habla al corazón. La comunidad también es la escuela de la cultura vocacional.

Acerca de las áreas humano-afectiva y comunitaria, son objetivos posibles:

- La capacidad de percibir sin distorsiones y juzgar con objetividad, justicia y sentido crítico a personas y acontecimientos de la vida.
- La capacidad de realizar opciones libres y responsables tomadas a partir de motivos auténticos e interiorizados.
- La capacidad de relación madura y constructiva con las personas de distinto sexo, de diferentes edades y condiciones sociales diversas.
- La adecuada integración de la identidad sexual y de la propia sexualidad (Cf. PDV 43).
- La capacidad de apertura al otro, independientemente de las características individuales, que permite una clara e incondicional aceptación del prójimo.
- La capacidad de colaboración y trabajo en equipo.
- La capacidad de amar la verdad, la lealtad, el respeto por la persona, el sentido de la justicia, la fidelidad a la palabra dada, la verdadera compasión, la coherencia y en particular el equilibrio de juicio y de comportamiento.

Uno de los objetivos más importantes es que el candidato o la candidata vayan adquiriendo, mediante el encuentro transparente con la comunidad, un conocimiento ajustado sobre su propia persona, sus motivaciones y comportamientos; de igual importancia es que vayan discerniendo el papel que desempeña en la estructuración de la propia personalidad la vida familiar y las vicisitudes socio-políticas, económicas y culturales del tiempo en que se vive. Alcanzado este conocimiento se pueden corregir las propias carencias y potenciar las capacidades personales. De esta forma, cada uno y cada una se aproximará a una personalidad no arrogante ni polémica, sino afable, hospitalaria, sincera, prudente, discreta, generosa, servicial, leal, fraterna, comprensiva, capaz de perdonar y consolar (Cf. PDV 43).

Asimismo, han de formarse en la castidad- celibato- virginidad, no como negación del amor, sino como “una virtud que desarrolla la auténtica madurez de la persona y la hace capaz de respetar y promover el significado esponsal del cuerpo. Toda su afectividad se ha de expresar en la auténtica y verdadera amistad” (Ídem). Para alcanzar una madurez humano-afectiva -como ya adelantamos-recomendamos recurrir a la asesoría psicológica. Dicha asesoría no debe ser vista sólo en función de la madurez que ayudará al desempeño de las futuras tareas pastorales; no es una preparación técnica ni una especialización científica. La psicología ayuda a conseguir una madurez integral. Con su aporte podrán vivir, con

mayor profundidad las exigencias de la opción vocacional mediante la integración progresiva de las estructuras psíquicas de la propia personalidad y de las exigencias del seguimiento vocacional. Esta integración personal tiene una profunda relación con la madurez afectiva, imprescindible para la opción del celibato. “Una vez comprobada la idoneidad del sujeto, y después de haberlo recibido para recorrer el itinerario que le conducirá a la meta (del sacerdocio, por ejemplo), se debe procurar el progresivo desarrollo de su personalidad, con la educación física, intelectual y moral ordenada al control y al dominio personal de los instintos, de los sentimientos y de las pasiones” (Pablo VI, Sacerdotalis caelibatus 65). Así mismo, le ayudará a tener una mirada a la realidad inteligente e integradora, con conocimiento y discernimiento de los valores de la cultura de su entorno.

Los futuros sacerdotes, llamados a “estar con Jesús” para ser luego “enviados por él” (Mc 3, 14- 15), necesitan -junto a la formación humano-afectiva- una firme y definitiva adhesión personal a Jesucristo. Por ello, cada casa de formación ha de ser una escuela de espiritualidad. La adhesión a Jesucristo lleva a cultivar la fe, la esperanza y la caridad (SD 65 y 68; Pb 860). La vida espiritual, por lo tanto, anima e informa todos los aspectos de la formación. Es preciso que cada formando sea iniciado en una profunda intimidad con Dios. Una formación espiritual centrada en el conocimiento de la Palabra, y su meditación, lleva al futuro consagrado a conocer y experimentar el sentido auténtico de la oración cristiana. Ella es el alma y la expresión de la relación del hombre con Dios. Esto explica la importancia esencial de la Eucaristía para la vida y para la formación espiritual (Cf. PDV 48). Así lograrán un seguimiento más radical de Cristo.

El estudio de la filosofía, la teología y el carisma, han de estar unidos a la Tradición viva de la Iglesia e interpretadas auténticamente por el Magisterio. Se trata de formar hombres y mujeres consagrados para la misión. Por ello, la formación, desde sus diversos aspectos, debe tener un carácter esencialmente pastoral (Cf. PDV 57). Es necesario garantizar, a lo largo del proceso educativo, una formación específicamente pastoral, que incluya tanto la reflexión teológica de la pastoral de la Iglesia, así como las necesarias prácticas apostólicas que deben acompañarla. La formación pastoral ha de fundamentarse en una comprensión de la Iglesia que es esencialmente Misterio, Comunión y Misión. La formación pastoral es global y ha de preparar en los diferentes campos de la acción evangelizadora, para la proclamación de la Palabra de Dios, las celebraciones litúrgicas, la experiencia de oración personal y comunitaria, la evangelización de la religiosidad popular, el acompañamiento espiritual, el compromiso social, la organización, animación y administración de la comunidad, el acompañamiento de los nuevos movimientos y los sectores específicos de la acción pastoral (Cf. OT 16 y Puebla 875)².

² Recuerdo a “E”, hijo de divorciados y con pocos amigos que sintió el llamado del Señor e ingresó a una casa de formación. Lo afectivo era su gran desafío. Las palabras que más resumen su proceso son: “se unificó” pues supo integrar, desde una lectura espiritual y de fe, su vida personal, sus

Cartago propone: *“imprimir a todos los procesos formativos la transversalidad vocacional por medio de los “cinco aspectos fundamentales” propuestos por Aparecida: el encuentro con Jesucristo, la conversión, el discipulado, la comunión y la misión (Cf. DA 278)” (CR 122). “Promover procesos integrales de formación que cubran las dimensiones humana, comunitaria, espiritual, intelectual, pastoral y misionera de los llamados, para sustentar su realización en la dinámica del discipulado misionero” (CR 123).*

Asimismo propone: *“Garantizar un acompañamiento respetuoso pero determinante durante todas las etapas de la formación, incluida la permanente, sobre todo durante los primeros años de proyección del que ha sido llamado, cubriendo los aspectos humanos, espirituales y apostólicos como parte de un todo vocacional, para lo que será necesario un número suficiente de formadores, tanto en los equipos, como en las instancias diocesanas y congregacionales” (CR 126). “Fomentar la oración de escucha de la Palabra de Dios que lleva al encuentro personal con el Maestro que es “camino, verdad y vida” (Jn 14, 6); orar vocacionalmente de tal manera que el seguimiento del Maestro y su anuncio se asuman como una respuesta a su llamado; y orar por las vocaciones, como lo recomienda el mismo “Dueño de la mies” (Mt 9, 38), convencidos de que estas son una respuesta de Dios a la comunidad orante” (CR 135). “Adelantar procesos de conversión personal, comunitaria y formativa con itinerarios vocacionales que al mismo tiempo integren experiencias vitales, intensifiquen el testimonio personal, se sitúen en las realidades personales, socioculturales y eclesiales, integren principios inspirados en la Palabra de Dios y en la teología, y cubran los niveles de la mentalidad, las convicciones, las opciones y los compromisos” (CR 137).*

Por lo dicho, cada casa de formación ha de ser una escuela de vida cristiana y comunitaria para que cada uno, desde su Vocación, sea hombre o mujer de comunión al servicio de la comunidad. Para que esto sea posible, se han de generar procesos culturales progresivos, armónicos, dinámicos, integrales y permanentes en el campo humano, cristiano y vocacional.

heridas, las causas de las mismas y crecer. No sólo desarrolló sus cualidades, se hizo una nueva persona. Inició un proceso que no finaliza; se sabe débil y feliz. Ordenado, valora lo recibido y ha descubierto que su fragilidad es hoy su riqueza y aporte a los demás. Su respuesta es más firme porque es más maduro como persona y cristiano. Retomaremos el tema de la fragilidad. También recuerdo a “F”: sumamente inteligente y con un especial don de convocatoria, pero paralizado por el miedo a equivocarse y por su pasado. Nunca pudo despejar sus “nudos” y finalmente no respondió.

¿Qué elementos hemos de tener en cuenta cuando alguien solicita el ingreso a nuestra casa de formación?

¿Cómo resumimos nuestra propuesta formativa? ¿Cuáles son sus pilares fundamentales?

Formación permanente

Con Cencini -en “La formación permanente”, 191 y 409- definimos la **formación permanente** como: *“la disponibilidad constante a aprender, que se expresa en una serie de actividades ordinarias y luego también extraordinarias, de vigilancia y discernimiento, de ascesis y oración, de estudio y apostolado, de verificación personal y comunitaria, etc., que ayudan cotidianamente a madurar en la identidad creyente y en la fidelidad creativa, a la propia vocación en las diversas circunstancias y fases de la vida”. Es “la disponibilidad a escrutar y descifrar lo que hay detrás de las peticiones y expectativas, ansias y conflictos, nerviosismos y euforias, ilusiones y desilusiones... más o menos in-expresos, pero siempre reveladores de nuestro personal mundo interior, de ese misterioso subsuelo intrapsíquico en el que nuestro yo hunde sus raíces”.*

En primer lugar es la actitud y la opción por aprender constantemente. Recordamos que definimos al discípulo como “el que aprende”. Aquí, hablamos de un aprendizaje continuo. **En segundo lugar exige vigilancia, discernimiento y cultivo de las distintas áreas de la formación inicial:** espiritual, intelectual, pastoral, humano-afectiva y comunitaria (Cf. DA 194; PDV 72). Dada la realidad y observando la causa de muchas deserciones reiteramos que es **prioritario atender lo afectivo y lo espiritual.** **En tercer lugar exige trabajar el valor de la fidelidad.** En efecto, la identidad personal, creyente y vocacional es dinámica, crece o retrocede, se duerme o tranza con la mediocridad. **La opción por aprender conlleva fidelidad a uno mismo, a Dios y a la propia Vocación.**

“La formación permanente, precisamente porque es “permanente”, debe acompañar a los sacerdotes siempre, esto es, en cualquier período y situación de su vida, así como en los diversos cargos de responsabilidad eclesial que se les confíe; todo ello, teniendo en cuenta, naturalmente, las posibilidades y características propias de la edad, condiciones de vida y tareas encomendadas (PDV 76). Teniendo en cuenta el número de presbíteros que abandonaron el ministerio, cada Iglesia particular procure establecer con ellos relaciones de fraternidad y de mutua colaboración conforme a las normas prescritas por la Iglesia” (DA 200).

Como **formación permanente** abarca toda la vida del sacerdote o consagrado. Se subdivide en **cuatro etapas: “formación permanente inicial”,**

“formación permanente **media**” (de los seis a los veinticinco años), “formación permanente **madura**” (de los veinticinco a los cuarenta años) y “formación permanente **avanzada**” (a partir de los cuarenta años de consagración). Esta división puede variar según la persona, la edad de ordenación o consagración y la cultura. **Optamos por presentar la primera. La formación permanente inicial abarca el primer quinquenio de ministerio o consagración y se vive – comúnmente- entre los veinticinco y treinta y cinco años de edad. Es el tiempo en que se hace experiencia de la propia Vocación, antes soñada y preparada. Es un tiempo particular, tanto en términos pastorales y psicológicos, como de potencialidades espirituales e intelectuales en que se consolida la identidad vocacional.**

La fragilidad como desafío

Con Aparecida intentaremos “ver” al presbítero, a religiosos-consagrados jóvenes y “juzgar” desde Jesucristo para “actuar” como Iglesia (Cf. DA 19). **La sociedad está enferma. La post-modernidad transmite desencanto** a la nueva generación y **relativiza** todo, mientras desaparecen las grandes figuras carismáticas de antaño y surgen pequeños ídolos que duran hasta que surge alguien más atrayente. Los medios de comunicación informan pero no forman, inducen a un consumismo compulsivo y al culto de la propia imagen. Cada uno vive el presente y busca lo inmediato. Se rinde culto a la tecnología, mientras no interesa la injusticia. Se defiende la iniciativa privada, la privatización de la religión y de la propia misión. Como consecuencia, se atiende al yo, más que al bien común. Crece el individualismo, la **subjetividad, el narcisismo, mientras se esquivo el esfuerzo y el sacrificio** (Cf. DA 44). **Cada uno tiene, ante sí, caminos infinitos y no opta. La capacidad de opción está herida.**

La Iglesia está enferma por el pecado. Algunos laicos se independizan de sus pastores locales y prefieren decir que dependen directamente de Roma, mientras otros se apartan de Roma y pierden conciencia de catolicidad (Cf. DA 44); no faltan quienes desean volver a la eclesiología y espiritualidad anterior al Concilio Vaticano II y cuesta asumir el actual debilitamiento de la vida cristiana y del sentido de pertenencia a la Iglesia Católica (Cf. Benedicto XVI, Discurso inaugural de Aparecida). Cambia la forma de ser de los presbiterios y de las familias religiosas.

Muchos presbiterios están integrados, mayoritariamente, por religiosos o por presbíteros en formación permanente madura o avanzada, tienen pocos jóvenes y **la brecha generacional es muy grande. Unos encomiendan todo a los jóvenes y los recargan, otros no les dan suficiente espacio.** En algunos, se ha debilitado la conciencia de cuerpo, de presbiterio, en otros se ha perdido la mística motivadora de los planes de pastoral y del discernimiento en equipo. **Se corre el riesgo de tener presbiterios y líderes cansados y envejecidos. Como consecuencia, los vínculos**

personales son hoy más débiles y mayor la inestabilidad de cada uno³.

Cada sacerdote o consagrado es hijo de su tiempo. Se hace necesaria la permanente revisión de la identidad vocacional mientras -positivamente- se buscan espacios de oración, se provocan encuentros generacionales, se intenta reflatar la mística del clero nacional, se hace el mes ignaciano, se visitan los monasterios con frecuencia y crece la cercanía con los obispos.

Muchos presbíteros, religiosos/as y consagrados/as jóvenes se caracterizan por la fragilidad y por la dificultad de mantener opciones permanentes. Muchas veces se da un “corte” entre la formación inicial y la permanente.

Algunas dificultades intelectuales. Por un lado, el hombre moderno lee menos, mientras consume imágenes; persiste una tendencia al mínimo esfuerzo y a no profundizar los temas fundamentales. Por otro, la formación intelectual curricular es demasiado costosa y los pequeños talleres-cursos no siempre permiten crecer. Aparecida recomienda el encuentro personal con Cristo, Palabra hecha Carne. El encuentro con Él ha de “potenciar el dinamismo de la razón”, ha de forjar amantes de la Verdad - en especial de la verdad teológica- capaces de leer e iluminar la realidad pastoral. Esto significa una continua y seria reflexión y el **cultivo permanente de la inteligencia** a la luz de la fe y la verdad.

Algunas dificultades pastorales. La primera tendencia del sacerdote, religioso/a o consagrado/a es “hacer cosas” -grandes eventos- priorizando el hacer sobre el ser. La segunda tendencia es a trabajar solos o únicamente con la generación de pares, olvidando experiencias y no reconociendo la sabiduría pastoral que se adquiere con la síntesis de la vida. El cuadro se agrava con la realidad de personas recargadas, cansadas, con algunas instituciones eclesiales débiles, mientras se persigue el mito del consenso y la auto-gestión dando por supuesto que las parroquias y/o las congregaciones son contenedoras. Es un error. Las parroquias, familias religiosas en general, presbiterios y Diócesis no son suficientemente contenedoras a nivel pastoral. La tercera tendencia consiste en caer en lo que denominamos “complejo mesiánico”: la convicción de que todo comienza con la persona y de que las opciones pastorales de los anteriores presbíteros o consagrados son arcaicas y obsoletas por lo que hay que “borrar y comenzar”. La fragilidad pastoral se manifiesta en cansancio al poco tiempo de ministerio o de la consagración o en pérdida de lo esencial. En el caso de los sacerdotes: **poco tiempo para la visita de enfermos, el sacramento de la reconciliación, el instrumento pastoral del acompañamiento espiritual-pastoral, la vida fraterna, etc.** El escaso contacto con el sufrimiento, la muerte, el pecado o la debilidad de los otros oculta la propia fragilidad. Este es el principal

³ Cf. Memoria...

problema. Es el alerta de una crisis que se avecina. El “héroe” está a punto de desplomarse y no es conciente de ello, de ahí la necesidad de apostar a los equipos, a la fraternidad.

Algunas dificultades espirituales. La primera tendencia es a perder figuras referentes y a convencernos de que “puedo solo”. El Seminario o las casas de formación habían proporcionado una rutina espiritual diaria, valorado los sacramentos de la Eucaristía, la reconciliación, el acompañamiento espiritual-vocacional, las adoraciones eucarísticas, las celebraciones con el obispo y el presbiterio, la revisión de vida y la corrección fraterna en pequeñas comunidades. Había propuesto una estructura contenedora que permitía madurar espiritualmente. Cada uno debió apropiarse de la propuesta. No todos lo hicieron. **Ahora se vive a la intemperie.** No todos continúan con un referente espiritual, la práctica sacramental, los desiertos, etc. La actividad no siempre es recogida y discernida en oración. Se pierde profundidad y sentido. El diálogo presbítero-obispo-presbiterio no siempre es profundo. Tampoco lo es el diálogo religiosa-superiora-responsable-congregación. Se pierde en filiación y fraternidad.

Algunas dificultades afectivas y comunitarias. Tienen su raíz en la realidad cultural y familiar. Se manifiesta en la dificultad de mantener opciones permanentes o en hacerlas rápidamente, sin interiorizar sus consecuencias, en la forma de vivir los problemas, de evitar los conflictos, en la hiper-sensibilidad, en cuadros de depresión, en problemas ante las figuras de autoridad o en la forma de vivir el celibato, en mecanismos de defensa rígidos o en posturas extremadamente subjetivas. Se expresa en la necesidad de seguridad, éxito, eventos numerosos o compensaciones afectivas, en relaciones de amistad absorbentes, en dificultad para establecer amistades nuevas o en largos tiempos dedicados a navegar en el cyber-espacio, mientras las relaciones virtuales sustituyen a las personales. La fragilidad depende -muchas veces- de “lo que siento” o “me gusta”. El subjetivismo tiende a ser la única norma. Se desea “todo y en seguida”, mientras se invierte mucho tiempo y dinero en la propia imagen que nunca convence. La fragilidad depende de la presencia o ausencia de emociones fuertes, mientras lo importante es estar bien con uno mismo. Obedece a necesidades afectivas no resueltas. Privilegia el “hacer” -que da satisfacciones inmediatas- y lo pone por encima del ser. Muchas veces, estos puntos no han sido trabajados suficientemente durante la formación inicial. Aunque en ella se ha introducido el apoyo de técnicos -pericia psiquiátrica de ingreso, taller de identidad, psico-diagnóstico y eventual terapia- el aporte no siempre ha sido suficiente. **Con Rulla afirmamos que, quienes se mueven por necesidades afectivas, tienen pocas posibilidades de perseverar en su Vocación.**

Fragilidad vocacional. El egreso de una casa de formación no significa que la respuesta vocacional sea definitiva. Ha culminado la formativa inicial, pero la persona necesita aún continuar su formación permanente.

Posibles respuestas

Frente a la realidad nos preguntamos: **¿Qué hacer?** Esto dependerá de las culturas, las personas, las comunidades eclesiales, etc. De manera muy general sugerimos: **a) asumir los propios límites, b) apertura a la gracia, c) trabajo en equipo y d) valorizar perennemente la fidelidad vocacional.** Proponemos afirmar **la opción por aprender** a vivir la propia Vocación durante toda la vida y atender a las antiguas **áreas formativas** buscando, ante todo, la **fidelidad** a la Voluntad de Dios. No conocemos deserciones por problemas teológicos o pastorales. **Las fragilidades humano-afectivas y espirituales son las que más influyen en la fidelidad e identidad vocacional.** De ahí la importancia de una nueva maduración humano-afectiva y de una nueva opción por lo espiritual.

Frente a la fragilidad intelectual proponemos la elaboración de una verdadera propuesta de renovación para los hombres y las mujeres consagradas. Nuestras Iglesias necesitan teólogos. La experiencia personal me habla de la importancia del post-grado y en especial, de cursos académicos internacionales que por sus exigencias permiten crecer verdaderamente. Ante la fragilidad pastoral sugerimos el trabajo en equipo, el sentido de pertenencia al presbiterio, a la Diócesis, a la comunidad, a la Congregación y la conciencia de corresponsabilidad pastoral. Son importantes los Planes de Pastoral que promueven participación e impulsan a la comunión.

Aparecida propone -a nivel espiritual- la experiencia de Dios como encuentro que lleva a la conversión. Los maestros espirituales hablan de una primera, segunda y tercera conversión. Tal afirmación nos dice que, durante la formación permanente inicial y permanente, la conversión sigue siendo un desafío. Ante todo somos discípulos y sobre esta realidad se apoya la identidad vocacional. **Son necesarias nuevas experiencias de encuentro con Cristo.** **“Por ello, los cristianos necesitamos recomenzar desde Cristo,** desde la contemplación de quien nos ha revelado en su misterio la plenitud del cumplimiento de la vocación humana y de su sentido. Necesitamos hacernos discípulos dóciles, para aprender de Él, en su seguimiento, la dignidad y plenitud de la vida. Necesitamos, al mismo tiempo, que nos consuma el celo misionero para llevar al corazón de la cultura de nuestro tiempo, aquel sentido unitario y completo de la vida humana que ni la ciencia, ni la política, ni la economía ni los medios de comunicación podrán proporcionarle. En Cristo Palabra, Sabiduría de Dios (Cf. 1 Cor 1, 30), la cultura puede volver a encontrar su centro y su profundidad, desde donde se puede mirar la realidad en el conjunto de todos sus factores, discerniéndolos a la luz del Evangelio y dando a cada uno su sitio y su dimensión adecuada” (DA 41- 42). **El desafío incluye vigilancia de la castidad, la obediencia y la pobreza o austeridad de vida. Estos tres principios evangélicos permanecen unidos de tal forma que, cuando falla uno, se deterioran los demás.**

Frente a la fragilidad humano-afectiva proponemos seguir integrando **distintos aspectos de la historia personal.** Algunos temas son cíclicos. **Todos**

tenemos heridas profundas que exigen, no tanto mirarnos, sino contemplar al Único sanador-liberador: Cristo (Cf. Sal 147 (146), 3; Hech 4, 11- 12). Por todo esto es recomendable hacer, junto al chequeo médico y dental periódico, una supervisión psicológica cada tres o cinco años para favorecer la salud mental. Se trata de desarrollar personalidades que sigan madurando en contacto con la realidad y abiertas a Cristo. Ante todo somos personas y sobre esta realidad se apoya la identidad vocacional.

En definitiva, la formación abarca diversas dimensiones que deberán ser integradas armónicamente a lo largo de toda la vida.

- a) “La Dimensión humana y comunitaria. Tiende a acompañar procesos de formación que lleven a asumir la propia historia y a sanarla, en orden a volverse capaces de vivir como cristianos en un mundo plural, con equilibrio, fortaleza, serenidad y libertad interior. Se trata de desarrollar personalidades que maduren en el contacto con la realidad y abiertas al Misterio.
- b) La Dimensión espiritual. Es la dimensión formativa que funda el ser cristiano en la experiencia de Dios, manifestado en Jesús y que lo conduce por el Espíritu a través de los senderos de una maduración profunda. Por medio de los diversos carismas, se arraiga la persona en el camino de vida y de servicio propuesto por Cristo, con un estilo personal...
- c) La Dimensión intelectual. El encuentro con Cristo, Palabra hecha Carne, potencia el dinamismo de la razón que busca el significado de la realidad y se abre al Misterio. Se expresa en una reflexión seria, puesta constantemente al día a través del estudio que abre la inteligencia, con la luz de la fe, a la verdad. También capacita para el discernimiento, el juicio crítico y el diálogo sobre la realidad y la cultura. Asegura de una manera especial el conocimiento bíblico teológico y de las ciencias humanas para adquirir la necesaria competencia en vista de los servicios eclesiales que se requieran y para la adecuada presencia en la vida secular.
- d) La Dimensión pastoral y misionera. Un auténtico camino cristiano llena de alegría y esperanza el corazón y mueve al creyente a anunciar a Cristo de manera constante en su vida y en su ambiente. Proyecta hacia la misión de formar discípulos misioneros al servicio del mundo. Habilita para proponer proyectos y estilos de vida cristiana atrayentes, con intervenciones orgánicas y de colaboración fraterna con todos los miembros de la comunidad. Contribuye a integrar evangelización y pedagogía, comunicando vida y ofreciendo itinerarios pastorales acordes con la madurez cristiana, la edad y otras condiciones propias de las personas o de los grupos. Incentiva la responsabilidad de los laicos en el mundo para construir el Reino de Dios. Despierta una inquietud constante por los alejados y por los que ignoran al Señor en sus vidas” (DA 280).

Cuatro retos complementarios

Muchas veces, cuando un paciente entra a ver a un psiquiatra, la pregunta es: ¿Cómo se llama y qué hace?, ¿qué día es hoy?, ¿en qué ciudad estamos? La salud mental se mide por la conciencia de uno mismo, por estar ubicado en el tiempo y en el espacio.

En primer lugar, sugerimos procurar la conciencia saludable de uno mismo. Consiste en estar contentos con lo que somos y hacemos. Radica en ser nosotros mismos en toda circunstancia. Para ello y dinámicamente, hemos de integrar toda la personalidad humano-cristiana desde la propia Vocación y vivirla con pasión. Ha de integrar -y seguir integrando periódicamente- las propias heridas, necesidades afectivas, sombras, transferencias y contra-transferencias, recuerdos, fantasías, talentos y potencialidades. Se trata de cuidar la salud psíquica, física, moral, social, eclesial y espiritual. **En un mundo en cambio, la pregunta existencial sigue siendo: ¿Quién soy? La única respuesta tiene tres dimensiones que se alimentan dinámicamente: soy fiel a mí mismo, soy fiel a mi Vocación y soy fiel a Dios (en Iglesia).** Esta respuesta ha de asumir la propia fragilidad, ha de abrirse a la gracia, ha de reconocerse en tensión entre lo que se es y lo que se debería ser, entre la realidad y lo posible.

En segundo lugar, proponemos la conciencia saludable del tiempo. Consiste en el correcto uso del mismo, en vivir el presente en paz. Supone la armonía del tiempo material, del psicológico y del espiritual. Es la aceptación serena del tiempo de Dios. Una fragilidad común en nuestro tiempo consiste en no saber organizar el tiempo. **Hemos de asumir nuestra historicidad y aprender a usar, correctamente, el tiempo a corto y a largo plazo.** Las agendas nos ayudan en tal sentido. **El uso del tiempo a largo plazo** consiste en ver como se usa el día, las semanas y meses en la perspectiva del proyecto de vida y de la propia Vocación (Esto no siempre sucede. Hay quienes viven sin agendas y sin planificar). **Tal realidad hace fracasar la auto-imagen y se termina en aburrimiento.**

El uso del tiempo a corto plazo consiste en tener lo mínimo necesario **organizado** (Sin embargo hay quienes viven en el desorden y la dispersión total y llaman a eso espontaneidad; así tapan la improvisación absoluta: no saben cuándo están trabajando o descansando).

Es necesario armonizar el tiempo, organizarlo a corto y largo plazo. Exige libertad interior.

En tercer lugar, planteamos la necesidad de una conciencia saludable del espacio pastoral. Es fundamental que cada uno sepa, con claridad, cuáles son sus espacios pastorales y responsabilidades para que el servicio sea eficaz. Detrás de esta afirmación está la conciencia de que los objetivos son los mismos y de que los espacios pastorales no son competitivos, sino complementarios. Se ha de evitar que sean absorbidos por una única persona y que alguno de los miembros del equipo pastoral pierda espacios de responsabilidad. Cuando esto sucede, comienzan los conflictos.

Se ha de tener en cuenta que, comúnmente, quien trabaja puede despejarse en su casa y quién tiene grandes problemas familiares puede tomar un respiro en el trabajo. Generalmente, la vida ofrece espacios diferentes y complementarios. Diferentes lugares y espacios crean un equilibrio saludable. El problema se da cuando la parroquia y la casa del sacerdote o religioso son tierra de todos. Cuando hay un solo lugar éste puede volverse sofocante y dejar el ministerio puede ser una aparente salida. Siempre es recomendable cambiar de espacios de tanto en tanto: trabajo pastoral y lugar del día libre, comunidad permanente y lugares de vacaciones. Siempre se recomienda la existencia de un espacio existencial y cambios de parroquia cada siete o diez años. La inamovilidad es un problema. El problema opuesto se da cuando alguien necesita cambiar de espacio con demasiada frecuencia en lugar de asumirse limitado y con necesidad de auto-crítica; éstos, culpan a los espacios y a las personas por sus dificultades.

La conciencia saludable del espacio propone: 1) que cada uno conozca con claridad sus espacios de trabajo y responsabilidades, 2) que nadie absorba la totalidad de las responsabilidades ni las delegue totalmente, 3) que sean diferentes los espacios de trabajo pastoral y de recreación, 4) que exista la capacidad de cambiar cada tanto de parroquia, colegio, etc. 5) que cada uno pueda, a su vez, diferenciar los espacios mínimos para rezar, atender pastoralmente, realizar reuniones o hacer vacaciones.

También exige, de parte de cada uno, tener lo que llamaremos: justos espacios inter-personales. El neo-sacerdote o consagrado se relaciona con quienes sirve: desconocidos, parroquianos-conocidos o amigos-familiares, obispo-compañeros. La madurez humano-afectiva incluye saber cómo relacionarnos con los demás y distinguir círculos afectivos diferentes. No todo se ha de conversar con todos. Esta conciencia saludable pide **espacios de fraternidad**. Son fundamentales. Convienen que los primeros años transcurran junto a figuras sacerdotales o religiosas "probadas". Aunque la pedagogía y la sabiduría de la Iglesia coloca a los nuevos presbíteros o religiosos con personas adultas desde el punto de vista vocacional, la novedad está en buscar que sean espacios de intercambio, no sólo pastorales e intelectuales sino de fraternidad, de crecimiento humano-afectivo y espiritual. La falta de relaciones inter-personales vitales y estimulantes engendra individualismo y desánimo, hace emerger síntomas como la

sensación de soledad, la incapacidad para comunicarse a nivel profundo o miedo a las propias vivencias y conduce a relaciones funcionales, formales y diplomáticas. Se desvirtúa así la propuesta de la formación inicial con sus pequeñas comunidades y correcciones fraternas.

En cuarto lugar afirmamos que es necesaria tener una conciencia saludable de la propia Vocación. Consiste en vivir de y para la Vocación recibida. Esta conciencia **nace y crece en un espacio personal en el que se discierne la vida: la oración.** Todo ha de afirmar la propia Vocación. Desde la seguridad del “soy sacerdote” o “soy consagrado” se enfrentarán las situaciones cambiantes de la vida, de la propia misión y, en especial, de la propia fragilidad con entereza. (Cf. Directorio para el Ministerio y la vida de los Presbíteros, Vaticano 1994, 39- 54). Además de la oración proponemos re-vitalizar el encuentro con la Eucaristía y la contemplación del Misterio de la Cruz sin la que no es posible llegar a la Pascua. La contemplación asidua de la Cruz y del Crucificado integra polaridades, evita dobleces, ordenan e integran los afectos, enfrenta la dicotomía de la actividad pastoral y los espacios personales, afectivos y espirituales.

No debería faltar la revisión periódica de la relación con el Obispo o el superior de la comunidad o congregación, con el presbiterio en el caso del presbítero y de la fraternidad comunitaria en el caso de los religiosos, tampoco el cuidado del sentido de la obediencia -entendiendo por obediencia la aceptación serena de lo que Dios dispone por mediación de la Iglesia y del “no pensar solos”- de la castidad o de la pobreza. Una relación sana con el obispo -figura de autoridad-manifiesta la madurez espiritual. La relación con el cuerpo de presbíteros, diáconos permanentes o demás religiosos ha de ser fraterna, de hermanos. Aún cuando en toda familia los hermanos discuten, se alejan y reconcilian, no puede faltar el respeto y el hablar de frente. Junto al cuidado de la calidad de obediencia y realidad de la pobreza, cada uno ha de hacer de la castidad una opción permanente. Renovarla cada tanto es fundamental para dinamizar la propia Vocación.

La relación con los laicos ha de ser de servicio. Una actitud paterna se opone al autoritarismo que revela inferioridad inconciente y una falsa eclesiología. **Los curas jóvenes no están del todo convencidos de que muchas de las cosas que hacen realmente sean necesarias, ni de que todo lo que dicen sea verdad. Los desestabiliza muchísimo ser contradichos o que los demás no acepten lo que dicen. A veces, terminan en una rigidez absoluta de pensamiento. Hay quienes responden con el Código de Derecho Canónico o con el Catecismo de la Iglesia Católica sin observar que, antes de iluminar la situación, es necesario acercarse al caído como buen samaritano. Éstos, producen reacciones fundamentalistas. Por eso, el trato con los fieles y con los ministros laicos ha de ser un tema de constante revisión para alcanzar la salud vocacional.**

En definitiva, la propuesta es cuidar el tesoro de la propia Vocación desde las mismas áreas de la formación inicial. **La sugerencia es acentuar una espiritualidad de comunión y de misión.**

La invitación es volver a las preguntas fundamentales y existenciales: ¿De quién soy? (intimidad-pertenencia), ¿qué estoy creando? (generatividad-creatividad), ¿qué sentido y significado tiene mi vida? (sabiduría) y ¿para quién soy? (consagración-misión). Se trata de volver a tres preguntas importantes: ¿**Quién soy?** (identidad personal), ¿**en qué apoyo mi fe y discipulado?** (identidad cristiana) y ¿**cómo sirvo al pueblo de Dios?** (identidad vocacional). Se trata de afirmar la identidad, desde la conciencia de ser vasija de barro que, sin embargo, guarda un tesoro. Por eso, hay que **buscar la sabiduría**. La propuesta es no querer arreglar el mundo, sino la propia vida. Es ver la realidad y a los demás con los ojos de Dios, con una mirada contemplativa. Es consolidar la propia identidad y continuar la aventura de “Ser”.

A nivel eclesial el desafío es una pastoral presbiteral y para consagrados que esté atenta y responda a las necesidades en la línea del crecimiento permanente. Sólo así la configuración con Jesucristo de unos y con el carisma particular de otros será real. La salud integral de cada presbítero es la riqueza de su Iglesia local, la salud integral de un religioso o consagrado es la riqueza de su congregación o instituto. El primer quinquenio define qué tipo de vida tendrá cada uno. La formación permanente inicial, en síntesis, es: **apertura radical a la gracia, esfuerzo personal y opción de cada Diócesis o Congregación⁴.**

Con Cartago proponemos:

“Imprimir a la formación permanente su dinámica esencialmente vocacional y, por lo mismo, espiritual, discipular y misionera” (CR 128). “Incluir en la formación permanente, además de los contenidos técnicos, teológicos y pastorales, una espiritualidad que motive el seguimiento del Maestro, para una identificación con Él

⁴ Bibliografía: Silva C., “¿Dios sigue llamando?...” y “Vocación: don, identidad y misión”; 2) Otros: II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones, Cartago, Costa Rica; Documento Conclusivo, Publicaciones CELAM 2011. Boletín OSLAM, Bogotá (42) 2003. Cencini A., “La formación permanente”. Cencini A., “Cuando la carne es débil”, La Florida- Chile 2004. De Mezerville Zeller G., “O processo da auto estima, curso de acompañamiento”, Porto Alegre 1996 y “El aprendizaje de la autoestima como proceso educativo y terapéutico”, Revista E acompañamiento”, Porto Alegre 1996 y “El aprendizaje de la autoestima como proceso educativo y terapéutico”, Revista Educación Vol 17, 1, (1993) S. José de Casta Rica. Gonzalez A., “Celibato-vida afectiva y sexualidad”, Montevideo-Seminario 2002. Precht C., “Rasgos contemporáneos de la espiritualidad presbiteral”, Cuadernos Vianney 21. Rodríguez M., “Las diversas etapas de la formación permanente”, Medellín, diciembre 2005 (124). Sperry Len, “Sexo, sacerdocio e Iglesia”, Bilbao 2004. Szentmártoni M., “Identità personale, un concetto ambiguo”, Orientamenti Pedagogice 35 (1988). www.wikipedia, enciclopedia libre.

en la entrega generosa y desinteresada de la vida a favor de la Iglesia y del Reino” (CR 129).

“Revitalizar la vida consagrada a través de la vivencia de los consejos evangélicos como valores, expresión de la identificación con el Maestro y caminos de fecundidad misionera, de frente a una cultura marcada por criterios contrarios al Evangelio” (CR 130).

“Permear la formación para los ministros ordenados, los candidatos al presbiterado y al diaconado permanente, la vida consagrada, los institutos seculares, la vida laical y la vida matrimonial, con la transversalidad bíblica aún más, con la biblicidad de la formación, que parte del presupuesto de que “la vida misma es vocación” y de que la familiaridad con la Palabra de Dios es absolutamente necesaria para escuchar el llamado y para responder a él (Cf. VD 77)” (CR 132).

“Impulsar itinerarios de formación permanente a partir de la condición bautismal de las diversas vocaciones, de todos los estados vocacionales y de los animadores vocacionales, inspirados en la Palabra de Dios consignada en la Sagrada Escritura pero también presente en los acontecimientos y en las personas, en la Tradición y en la comunidad eclesial” (CR 138). “Acercar a nuestros pueblos la figura de María como la creyente que escuchaba la Palabra de Dios y la ponía en práctica y, así, como modelo de discipulado en la respuesta a la Voz que llama y de fidelidad evangelizadora, tanto en los momentos de cruz como de pascua” (CR 139).

Apéndice: El stress

Es la reacción no específica del cuerpo ante un estímulo, sea este positivo en el caso de una euforia de satisfacción, sea este negativo en la manifestación de una no satisfacción. Es un problema crónico de nuestro tiempo y tiene entre otras, como causas:

- los grandes cambios del mundo contemporáneo y de la Iglesia, hasta en la teología, la eclesiología, etc que son causa de tensión.
- los grandes cambios en la imagen del sacerdote (o religioso) y en las exigencias que se le presentan (se debe hacer todo) o de la imagen del consagrado.
- falta de reconocimiento y ayuda muchas veces en comunidades divididas, agresivas y con críticas permanentes.

El stress crónico es difícil de curar por sus manifestaciones de: úlceras, tensiones permanentes, parálisis o afecciones cardíacas. El común suele llevar a perder el gusto por el trabajo pastoral pues la Vocación se transforma en un peso, en un deber que lleva a querer cambiar de trabajo o de Vocación misma, a una vida marcada por el "demasiado": demasiado trabajo, demasiadas reuniones, demasiado...todo, a la herejía de las obras buenas y de hacer cosas. Se puede manifestar también en una pérdida del sentido del celibato por vivirse en un mundo erotizado. Puede llevar al alcoholismo, a una alimentación excesiva, a un sentimiento de permanente culpa o a la soledad. Lleva al descuido de la salud física y emotiva, del deporte y de la amistad. En lo espiritual puede llevar dejar la oración y al surgimiento de ideales que no pueden darse por la realidad o las limitaciones propias de cada uno.

Muchas veces son causas de esta realidad la pérdida de autoridad sacerdotal y el paso del sacerdote autoridad al sacerdote amigo, de sentirse exigidos por lo pastoral que se tecnifica y por la técnica misma, por no saber hacer prioridades, por la falta de reconocimiento al trabajo hecho, etc.

El stress se resuelve en la medida en que se equilibran los cuatro elementos básicos de la salud mental:

- vida espiritual,
- amistades,
- trabajo y
- tiempo libre bien utilizado.

Además, es importante para la formación permanente la visita periódica al médico, la atención a la sintomatología del stress, y la presencia de familias amigas. Cada Diócesis, congregación, instituto tiene la palabra en lo que se refiere a formación permanente y en ayudar a la salud física, la atención a la alimentación y el dormir bien, las vacaciones, el año sabático, la salud emotiva; en facilitar el cultivo de amistades, espacio de trabajo, tiempo libre y vida espiritual, sana. Cada Diócesis tiene la palabra en cuanto a la posibilidad de una casa destinada a la salud y el descanso o para la recuperación de casos de alcoholismo, crisis vocacional, etc., y tiene la palabra en cuanto a un vicario para el clero y la Vida Religiosa que esté atento a estas realidades y a nuevos desafíos.